

**EJERCICIOS ESPIRITUALES.- El “amor esponsal” en el *Cantar* y el *Evangelio de S. Juan* - 2**

**II. PyF (II): LA “VOZ” DE LA ESPOSA EN LA Hª:  
«NO ANTEPONER NADA AL AMOR DE CRISTO»**

**1. La “indiferencia” ignaciana del Amor [23] (DCE 9):** «Y las otras cosas son creadas *para* el hombre, *para* que le ayuden *para* la prosecución del fin *para* el que es creado. De donde se sigue, que tanto ha de *usar dellas* quanto le ayudan *para* su fin y tanto ha de *quitarse dellas* quanto *para* ello le impiden. Por lo que debemos **hacernos indiferentes** a todas las cosas criadas... solamente *deseando* y *eligiendo lo que más nos conduce al fin* para el que somos creados».

S. Ignacio nos invita a no trastocar el orden de los *medios* y los *finés* (*ordo amoris*), porque el pecado consiste en «usar de lo que sólo deberíamos gozar (fin) y en gozar de lo que sólo deberíamos usar (medios)» (S. Agustín): es el “abuso”, un *uso absolutizado* (idolátrico) de las cosas. Se trata de verlo todo en referencia a Dios, dándole su verdadero valor (“relativo” al “único absoluto”). Sólo el Amor nos otorga la “libertad interior” (*indiferencia*) ante lo que no es Dios, atrayéndonos hacia Él: «¡Oh hermosura que excedéis/ a todas las hermosuras!/ Sin herir dolor hacéis/ y sin dolor deshacéis/ el amor a las criaturas» (Sta. Teresa). Se produce un “nuevo nacimiento”, una *conversión* que genera en nosotros un “orden nuevo” (unificándolo y jerarquizándolo todo):

*«Buscando mis amores,/ iré por esos montes y riberas;/ ni cogeré las flores,/ ni temeré las fieras,/ y pasaré los fuertes y fronteras»* (CE 3). «Como si dijera: no pondré mi corazón en las riquezas y los bienes que me ofrece el mundo, ni admitiré los deleites y contentamientos de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu» (SJCruz)

Evitando instalarse en la “finitud hermosa y placentera” que lleva a renunciar en la práctica a lo que parece inalcanzable y a conformarse con lo que no es Dios; evitando también que nos detengan las “dificultades” y los “riesgos” del camino, que engendran miedo y paralizan (“el amor expulsa el temor”); atravesando los “límites” que la gente a menudo se pone... Es el “sal de tu tierra” de Abraham (Gn 12,1) o el “olvida tu pueblo y la casa paterna” (Sal 45,11).

**2. El *Cantar*** dice: «*Llévame contigo, corramos, condúceme, rey mío, a tus estancias...*» (1,4); y también: «Dime, tú, amor de mi alma, dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestear al mediodía, para que no ande desorientada tras los rebaños de tus compañeros» (1,7). El “*éxtasis*” del amor se traduce en un “*éxodo*” en pos del amado: como un «camino permanente, un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios» (DCE 6b).

El “deseo” se hace *súplica del don* que puede “sanarlo”, sin intermediarios ni obstáculos: «*Pastores, los que fuéreis/ allá por las majadas del otero,/ si por ventura viéreis/ a Aquel que yo más quiero,/ decidle que adolezco, peno y muero*» (CE 2).

Y comenta: «Decid a mi amado que pues adolezco y él sólo es mi salud, que me dé mi salud; que pues peno y él sólo es mi gozo, que me dé mi gozo; que pues muero y él sólo es mi vida, que me dé mi vida» (SJCruz). “Desfallece de amor” (Ct 2,5) porque «el alma (mente y corazón) está con el Amado y de Él debe recobrarla: de su aliento, donde el alma tiene su asiento» (FLLeón). Es la *osadía* propia del amor, sabiendo que su “debilidad” (mostrar al amado la herida del amor) es su mejor “arma” (lo que puede moverle a adelantar su “hora”).

Pero también “se moviliza” para *anticipar el encuentro*: «No pudiendo sufrir más dilación, se determina a buscarle dondequiera que estuviere. Y aunque le había llamado para su remedio, expresándole su deseo y su necesidad, y ni viene ni le responde, no por eso se enoja o se entibia, ni menos se afrenta por ello, ni hace caso de honra, antes crece más en su deseo... Le pide que le diga dónde está para evitar perderse y parecer desvergonzada y deshonesto» (FLLeón).

**3. El *Evangelio de Juan*** expresa esta misma experiencia en las Bodas de Caná y el diálogo de Jesús con Nicodemo:

**a) Bodas de Caná (Jn 2,1-11):** el 6º día, día de la creación de Adán y Eva, aparece la “nueva pareja” (Jesús-María) para dar inicio a la “Nueva Alianza” (el “vino nuevo” del Reino → la “sangre” de Xto.). Este “primer signo” (*arjé*) tiene un valor paradigmático: Jesús asume la realidad antigua (purificaciones de los judíos), destinada a la frustración, e inaugura las “bodas mesiánicas” de Dios con su pueblo; Él es el Esposo prometido, que con la “sobreabundancia del Amor” (600 litros) nos otorga la Vida en plenitud, gracias a la intercesión de María, Iglesia naciente, que nos “precede” en la audacia de la fe (anticipando la “hora”) y nos anima a “hacer lo que Él nos diga”.

**b) Jesús con Nicodemo (Jn 3,1-21):** va a Jesús “de noche”, significando la lucha de la *luz* (fe) y las *tinieblas* (incredulidad), con una “búsqueda espiritual” y un deseo de “vivir en plenitud”. Jesús le indica un camino imposible para el hombre, pero no para Dios: “nacer de nuevo”, “creer” con una osadía infinita para “nacer” de Dios, del Agua y del Espíritu, abriéndose al Don que viene “de lo alto” (no “de la carne ni de la sangre”): «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, el Hijo del Hombre tiene que ser elevado en alto para que todo el que crea en Él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él» (3,14-16).

El “agua” y el “espíritu”, presentes ya en la Creación (Gn 1,2b), la liberación de Egipto (Ex 14,21-22) y las promesas mesiánicas (Ez 36,25-27), anuncian la “nueva creación”: hay que “dejar hacer” a Dios y “dejarse hacer” por el Espíritu de Dios, que “sopla donde quiere”, abriéndonos a un “nuevo éxodo”, como el del pueblo de Israel en el desierto. Hay que acoger y suplicar el “don del cielo” para renacer («*¡Que me bese con los besos de su boca!*»), sabiendo que la Vida no se impone, se propone, se ofrece y se regala como Gracia, pero “gracia cara”, que exige ponerse en camino: “Sal de tu tierra”.